

Nunca se alcanza la verdad total, ni nunca se está totalmente alejado de ella.

Aristóteles

1

Año 2008. Madrid. Segunda quincena de Octubre.

Jorge apenas durmió aquella noche. Tenía dos razones, la primera por haberlo hecho sobre el antiguo y duro sofá del salón. La segunda y principal, como consecuencia de la enésima discusión mantenida con Elisa al llegar a casa después de acabar su jornada de trabajo. Como en la mayoría de las ocasiones anteriores, ninguno quiso abordar el fondo y razón principal, ambos temían enfrentarse a una realidad desconocida hasta ese instante, y no era otra que romper la relación que les unía desde hacía cerca de tres años.

Tres días después de aquello, él se había mudado a otro apartamento. Solo llevó consigo lo imprescindible, el resto; libros, discos y demás cosas personales; lo dejó empaquetado y pendiente de llamar a una agencia de transportes para que lo llevaran al nuevo domicilio. Dejó nota al portero del edificio hasta entonces el suyo, dándole una propina

para invitarle a que guardara cuanta correspondencia llegase a su nombre hasta realizar los cambios oportunos. A los bancos, algunas contrataciones recientes como revistas, y el Colegio Oficial, lo hizo directa y telefónicamente. Personalmente solo comunicó a sus jefes el cambio de domicilio dándoles el nuevo número de teléfono fijo, aunque normalmente se comunicaba con ellos a través del móvil.

Le costó adaptarse a su nuevo ritmo de vida. Solo hacía el desayuno y la cena en casa. El almuerzo continuaría haciéndolo en la primera cafetería que encontrara, si estaba de servicio, o en la del edificio de la AIE¹.

Él fue uno de los elegidos por el entonces comisario Roberto HC. Escuchó las charlas dadas durante días en la universidad, y al acabar se acercó junto a otros compañeros, rellenó el impreso entregado y esperó más de un año a que le llamara. Cuando lo hizo, sostuvo una charla con él en una sala del edificio donde estaban las oficinas de Suministros Integrales de Catering Aéreo, S.A. Tuvo la sensación que sería contratado para trabajar en aquella empresa, claro que no entendía como una firma de catering, necesitaba a un arqueólogo especializado en la época comprendida entre los visigodos y la expulsión de los árabes de España. Más tarde supo que todo aquello era una tapadera de la AIE., pese a encontrarse el edificio en la zona de carga del aeropuerto de Barajas rodeado de empresas similares. El sueldo era bueno, la jornada flexible y el trabajo, tranquilo y cómodo durante el primer año. En el segundo hizo algunas incursiones

¹ Agencia de Investigaciones Especiales.

como agente de campo. Acompañó a uno de los supervisores en un viaje a Mérida y poco después otro a los Pirineos, entre las provincias de Huesca y Lleida. El director le felicitó por los resultados obtenidos.

Sentía no asistir a la comida de Navidad de ese año con Elisa. Recordó con alegría la anterior, que resultó muy divertida. Tenía buenos compañeros y sus jefes tan abiertos como el resto.

Antes de enfrentarse al puente de Todos los Santos, y al regresar de tomar el café de media mañana, comprobó en el monitor de su mesa, como el icono de un sobre sin abrir, se balanceaba de un lado al otro hasta situarse en el centro. En ese momento una boca con labios de mujer pronunciaba cadenciosa y sensualmente: Jorge tienes un correo, por favor ábrelo cuanto antes, es posible que sean buenas noticias. Gracias por atender mi recomendación, Elisa. Recordó que aún no había cambiado el programa, debía eliminar cuanto antes el archivo con la voz de Elisa y sustituirlo por otro que no le recordara a ella. Abrió el correo y leyó su contenido:

Estimado y aburrido amigo Jorge, aunque te supongo muy atareado con tu trabajo y tu querida Elisa, no estaría de más que de vez en cuando recordaras a los amigos que como yo, disponen de una estupenda bodega y muchas más al alcance de la mano. Es broma, pero hace tiempo que no nos vemos. Disculpa que pase a algo menos sentimental. Necesito tu ayuda, me la brindaste cuando comenzaste a trabajar. Si no recuerdo mal tienes a tu alcance una importante base de datos a nivel europeo. Bien, pues ahí va. Me gustaría que averiguaras a quienes puede interesar la

compraventa de unos sarcófagos más o menos del siglo X. Tan pronto consigas algún dato, me gustaría saberlo. Un abrazo, Santiago.

Sin esperar mucho, pinchó el icono responder y comenzó a escribir:

Mi querido y egoísta amigo Santiago, siempre tan escueto. También yo tengo una buena bodega y no solo de tu zona, hay muchas más en la Península que tienen caldos tan buenos o mejores que los tuyos. ¿Serías tan amable de ser un poco más explícito? Te lo agradecería sinceramente. Un abrazo. Jorge.

Esperó unos segundos. Sabía que al otro lado esperaba su respuesta. No tardó mucho en recibirla.

Jorge, como amigo, confío en que algo como lo que sigue supondrá mantenerlo en secreto, de lo contrario sería motivo no solo para ennegrecer mi expediente laboral, o tal vez perder mi trabajo. Se trata de unos sarcófagos. Concretamente los que contienen los restos de los Siete Infantes de Lara. Hace una semana, con ocasión de realizarse unas obras de restauración del atrio donde también están, el de Gonzalo de Berceo, las tumbas de tres Reinas de Navarra y los de los Infantes de Lara, alguien debió retirarlos. Solo se han llevado los de éstos últimos. Estaban en el monasterio de San Millán de Suso. Disculpa no habértelo dicho antes. El caso es que, como formo parte de la Consejería de Cultura, me han comisionado para investigar la desaparición y debo tomar una serie de medidas. Hasta ahora no he decidido nada, y mientras tanto solo se me ha ocurrido cerrar el acceso a los visitantes durante una temporada, claro que debo dar alguna respuesta positiva. De momento no he querido presentar una denuncia ante la Guardia

Civil. Espero que puedas ayudarme antes de hacerlo. No puedo esperar más de dos días. Gracias. Un abrazo, Santiago.

Respondió inmediatamente:

No te marches muy lejos, veré que puedo hacer. Me pongo en contacto inmediatamente, aunque preferiría hacerlo por teléfono. Jorge.

Sacó copia en papel de los correos cruzados y recorrió la distancia que le separaba hasta el despacho del director. Golpeó la puerta con los nudillos y esperó respuesta.

—Adelante –escuchó decir a Roberto HC-

—Buenos días –dijo al ver a Marcelo Fuentes, el otro director-

—Pasa, y siéntate. En un segundo estoy contigo.

—Entonces nos vemos en la sala con Luís Pinillas, él tiene acceso a esos datos. Si es que no me entretiene mucho nuestro joven amigo.

—De acuerdo, allí nos vemos.

—Dime Jorge ¿qué te trae por aquí?

—Verá Sr. Hernán Carrillo, acabo de recibir el aviso de un amigo, tenga -dijo ofreciéndole la hoja de papel-

—Uhhh – señaló tras leer el contenido- Creo que debería verlo Marcelo. Ven acompañame.

Al llegar a la sala, vio a Luís Pinillas y reconoció a su ayudante, la Srta. Duli, saludó a dos agentes a quienes no conocía, y de nuevo al otro director, Marcelo.

—Lee esto –dijo Roberto HC- acaba de entregármelo Jorge.

—Exactamente encaja en la sospecha que nos ha comunicado la comandancia de aquella Zona – respondió Marcelo tras leerlo-

—¿Entonces?

—Haremos lo que pide tu amigo Santiago, investigaremos, pero la información solo la recibirás tu –dijo Marcelo dirigiéndose a Jorge-

—¿Qué debo hacer?

—Ocuparte de la investigación, dirigirás el caso. Te pondremos en contacto con la comandancia de la Guardia Civil. Desde aquí iremos pasándote cuanto averigüemos. Llama a tu amigo y dile que no se preocupe, irás a verle para ocuparte personalmente, nosotros lo haremos de tu situación oficial. Si necesitas ayuda, o algo especial, no dudes en pedirlo. Te daremos un teléfono nuevo y algunas instrucciones. De eso se ocupará Luís Pinillas, quien será desde ahora tu supervisor. Ahora ve a tu casa, prepara la maleta y disponte a conducir antes de que llegue la noche.

—Claro.

Jorge esperó a que acabara el inspector Pinillas con sus actividades. Le acompañó a otra sala donde le hizo entrega de una serie de aparatos, instruyéndole en el manejo, luego recibió unas cortas recomendaciones. También unas tarjetas de crédito y el encargo de no gastar mucho dinero. Regresó a casa, metió en una bolsa de basura cuanto había en la nevera con trazas de estropearse, y la echó a un contenedor orgánico antes de entrar al garaje. Horas después llamaba de nuevo a Santiago diciéndole que estaba a las puertas de Logroño, cerca de su casa, y que podía ir oxigenando una botella de tinto crianza para celebrar el encuentro.

2

Año 2008. Logroño.

El encuentro fue el esperado, Santiago oxigenó dos botellas de tinto de Rioja, una de Crianza de 2003 y la otra, Reserva de 2000, para los postres. A las tres de la mañana se acostaban rendidos. Serían las nueve cuando un oficial de la comandancia de Logroño despertó a Jorge.

—Buenos días. Soy el teniente Prado, debo entregarle personalmente una documentación oficial, sería tan amable de pasarse por este cuartel.

—Naturalmente, estaré allí dentro de media hora. Bueno eso creo, no conozco la ciudad, pero lo intentaré.

—No se preocupe, si tarda algo más le esperaré.

—Gracias teniente.

—De nada.

La llamada la interceptó Santiago que se acercó para preguntar.

—¿Qué ocurre?

—Nada especial, pero debo recoger algo en la comandancia de la Guardia Civil.

—Desayunaremos y luego iremos allí, estamos a poca distancia.

—Preferiría hacerlo más tarde, he prometido al teniente estar en treinta minutos.

—¡Que exagerado eres Jorge! Aquí las distancias son cortas y tampoco hay atascos como en Madrid.

—Como quieras.

Poco después saludaban al teniente Prado.

—Sr. Salas, esto es para usted, son algunas autorizaciones previstas para que pueda moverse con tranquilidad por cualquier sitio de nuestra Comunidad. Si precisara algo más, solo tiene que llamarme, este es mi número.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

—¿Puedo invitarles a un café?

—Naturalmente, gracias.

Los tres hombres salieron del edificio y cruzaron la ancha calle hasta encontrar una cafetería. En el trayecto conversaron sobre su presencia en compañía del Comisionado por la Consejería de Cultura.

—Es extraño venir desde Madrid para acompañar al Sr. Izaín ¿Puedo saber a qué obedece su visita?

—A nuestra amistad.

—Disculpe si le he molestado. Si se tratara de algo respecto a alguno de nuestros monumentos, es algo sobre lo que nosotros tenemos jurisdicción, como supongo comprenderá.

—Me va a permitir no entrar en esa disquisición en estos momentos, pero le prometo que si vemos algo ajustado a su temor, le informaremos. ¿No es así Santiago?

—Por supuesto.

—Si le sirve de algo, me gustaría tuviera en cuenta una sospecha.

—¿Cuál?

—Desde hace unos días hemos venido observando algunos movimientos extraños. No exactamente en Logroño, sino en el suroeste de la Comunidad.

—¿De qué se trata?

—Algunos de nuestros agentes han observado tres vehículos grandes, tipo Range Rover o similar, con los cristales tintados, moviéndose por los alrededores de San Millán de la Cogolla.

—Se lo agradezco, pero esos datos no están dentro de mi intención de visitar la zona, solo he venido, como le he dicho, por mi amistad con Santiago. Es posible que recorramos la zona, pero únicamente a efectos turísticos. Soy arqueólogo y de cuando en cuando me gusta recorrer lugares con ese tipo de atractivo.

—Disculpe, pensé se trataba de otra actividad dadas las autorizaciones especiales.

—Lo siento.

—Nada Sr. Salas, insisto en que considere mi oferta por si llegara a necesitarla.

—Gracias.

Tomaron los cafés y se despidieron a la salida del establecimiento. Jorge y Santiago caminaron hasta el sitio donde poco antes dejaron aparcado el coche. Antes de subir, Jorge no tuvo más remedio que incidir sobre la conversación con el teniente.

—¿Aquí sois todos tan picajosos como el teniente Prado?

—Algunos. Ten en cuenta que hasta hace pocos años, cuanto ocurría fuera anormal o no, caía en la cesta de la Administración Central, y el teniente es un riojano de nacimiento, muy patriota, y está muy

concienciado en lo que respecta al terreno cultural, especialmente si se refiere a nuestros monumentos. Hablé con él en numerosas ocasiones y siempre escuché el dolor que le produce encontrarse con restos de antiguas iglesias o monasterios, destrozados, tal y como aparecen en la provincia de Burgos. En una ocasión me puso el ejemplo del monasterio de San Pedro de Arlanza. Dijo que en unos años la naturaleza lo engullirá totalmente, mientras nadie hace nada por mantenerlo. Tiene cierta disposición a perseguir tanto a conciudadanos como a esos compradores extranjeros que llenan los oídos de quienes los escuchan, ofreciéndoles dinero a cambio de algunas piezas artísticas. Y esa gentuza se aprovecha de la desidia de algunas administraciones dejando que poco a poco expolien cuanto está a su alcance.

—Supongo que sufre como nosotros, pero también debe entender que las Administraciones, de una y otra índole, a veces no tienen suficiente presupuesto para abordar la salvación de iglesias o monasterios, y no quiero entrar en otro tipo de discusiones.

—Lo se Jorge, pero él es así. Debemos salir cuanto antes hacia San Millán de la Cogolla, tenemos cerca de cincuenta kilómetros hasta allí.

—Pasemos antes por tu casa, recogeré el portátil, necesito conectarme y solicitar a un compañero algunos datos.

—Vale.

Al cabo de cuarenta minutos salían en dirección a la N-120. Llegaron hasta La Tejera y giraron a mano izquierda para alcanzar la carretera LR-113. Abandonaron Tricio y Arenzana de Abajo, giraron a la derecha para encontrar Cárdenas, olvidar Berceo, e imaginar poco después la bienvenida de San Millán de la Cogolla. No pararon,

inmediatamente se dirigieron al monasterio de San Millán de Suso.

—¿Quieres que te ponga en antecedentes? -preguntó Santiago.

—Deberías.

—Entonces antes de enfrentarnos al responsable te haré de cicerone, no sea que nuestro amigo se moleste si al preguntarte ignoras algunas cosas de su monasterio.

—Te lo agradezco. Suelo documentarme previamente, pero ya ves, aún no me han mandado los datos de mi oficina. Es lo que les pedí antes de salir.

—Entonces escucha, te haré un extracto.

Fundamentalmente este monasterio es la cuna de dos lenguas, del castellano y del vasco. Como has comprobado estamos en la margen izquierda del río Cárdenas, junto con el otro monasterio, el de San Millán de Yuso, construido con posterioridad a éste, integran un especial conjunto monumental, y forman parte del Patrimonio de la Humanidad declarado por la UNESCO. Suso, si no me traiciona la memoria, significa en castellano antiguo arriba. Su origen se basa en un cenobio visigodo alrededor del sepulcro de un eremita llamado Emiliano, Aemilianus, actualmente Millán. Según las crónicas falleció allá por el año 574, siglo VI. Durante los siguientes dos siglos se amplía con motivo de pasar de la vida eremítica a la cenobítica hasta concluir en la monástica. En ese tiempo las modificaciones realizadas aportan estilos Mozárabe y Románico. Es indudable su importancia histórica, artística y religiosa, aunque las superan la lingüística y literaria. Como te adelanté, un monje escribió las llamadas Glosas Emilianenses, es decir, anotaciones aclaratorias en los márgenes de las páginas escritas

en latín. Esos apuntes se escribieron en lengua romance, en realidad algo parecido al pre-castellano. Con posterioridad se encontraron también anotaciones en lengua vasca. Es por ello que se consideran ambas, como la cuna de las dos lenguas. Tiene asimismo importancia, que en este monasterio habitó un monje considerado como el primer poeta en lengua castellana: Gonzalo de Berceo.

Continuó ampliando sus recuerdos durante unos minutos más. Al final.

—Gracias, supongo que esta breve introducción es suficiente para recordar cuanto sabía.

—Entonces entremos, comprobemos los hechos y demos cumplida razón a nuestra estancia aquí.

—Vamos.

Abandonaron el coche y caminaron hasta la entrada. Esperaron unos minutos hasta que el gerente acudió a la llamada de un conserje. Tras los saludos de rigor y obligadas presentaciones, los dejó solos, no sin antes advertir a Santiago la necesidad de aclarar la desaparición de los siete sarcófagos y evitar la cascada de pérdidas producidas por la falta de visitantes. Hasta ese momento recogidos en el monasterio de Yuso y subidos hasta allí en un minibús.

Enseguida desembocaron en el atrio o galería. A la izquierda, en el lugar ahora vacío, estuvieron depositados los siete sarcófagos de los Infantes de Lara. Sí continuaban allí, el del preceptor de aquellos, Don Nuño, las tumbas de las Reinas de Navarra Doña Toda, Doña Ximena y Doña Elvira, y otra tumba, aunque retirada, del señor de Cameros, Don Tello González.

Recorrieron el resto de estancias. Jorge provisto de una cámara fotográfica con la que obtuvo una serie de instantáneas a fin de analizarlas posteriormente. Antes de salir conversaron de nuevo con el gerente y dos trabajadores, quienes respondieron a las decenas de preguntas formuladas por Jorge. Ninguno dio razón de cómo pudieron entrar los supuestos ladrones. El gerente confirmó que solo dos días estuvieron alejados del monasterio, y la duración de las obras no se extendió más allá de una semana.

—Concretamente fueron los días miércoles y jueves de esa semana – dijo mientras apretaba la mano de Jorge para despedirse—

—Gracias. En mi opinión, han tenido suerte, hubiera sido nefasto si esas gentes malintencionadas se hubieran llevado las Glosas.

—Tienes razón. ¿Crees que volverán?

—Lo dudo, aunque no consigo imaginar la razón de llevarse algo con importancia relativa.

—¿Cuándo podremos reabrir el monasterio a los turistas?

—No es mía esa responsabilidad, pero recomendaré dejar cerrada la entrada a la galería y permitir visitar el resto. Sería una lástima que gentes venidas de lejos se perdieran los tres santuarios excavados en la roca. La gruta donde se supone está la celda del santo Millán, las cuevas donde vivió hasta su muerte allá por el año 574, si no recuerdo mal. Perderse los modillones del edificio, o los roleos, sería sustraer el auténtico barroquismo mozárabe tan similar a los de la fachada de la Mezquita de Córdoba.

—Veo que conoces las joyas de nuestro monasterio.

—Así es, y me alegra haberlo pisado de nuevo. No creo que sea la última.

—Eso espero. Sobre todo si conseguís averiguar lo ocurrido.

—Lo intentaremos.

3

Año 1002. Córdoba

Abd al-Malik al-Muzaffar, hijo primogénito de Al-Mansur, recibió la noticia de la muerte de su padre por medio de uno de los hombres enviados desde Madinat al Salim ² . Nada más fallecer, uno de los capitanes que le acompañaban en la batalla de Calatañazor quiso comunicar su muerte al sucesor del gran Caudillo, y lo hizo para evitar en parte lo que posteriormente se desencadenaría, las luchas internas entre los sucesores de Almanzor y los de Hisham II.

Abrió la nota manuscrita y leyó que pese a su edad, 73 años, sucumbió a la necesidad de blandir su espada y segar con ella alguna vida cristiana. Sin embargo su muerte no obedeció a las heridas sufridas durante la batalla, que las tuvo, sino a la enfermedad que arrastraba antes de salir de Córdoba para destruir San Millán de la Cogolla, previo a la batalla de Calatañazor. Hubieron de retirarle de la zona formando un perímetro con hombres de cinco pelotones, según relataba la nota.

² Nombre árabe de la ciudad de Medinaceli.

No soltó una sola lágrima, y aunque ordenó mantener un respetuoso silencio en la casa, el hacía tiempo que esperaba el fatal desenlace.

Abd al-Malik se rodeó de sus más fieles ayudantes, entre ellos, el hijo de quien fue inseparable de su padre, aquel a quien confió sus más personales inquietudes, y sobre todo sus íntimos deseos. Deseaba iniciar las recomendaciones hechas por su padre durante los últimos momentos que conversaron a la sombra de los naranjos, escuchando el rumor del agua en Medina Alzahira, mientras le indicaba los pasos a seguir cuando él faltara.

Cuando Ben Abderrabihi se reunió con Abd al-Malik rindió honores al Gran Caudillo llevando consigo una serie de notas manuscritas por su padre, muerto al poco de su regreso de Calatañazor. En ellas le señalaba, como pidió Almanzor, ponerse al servicio del destinado a sucederle, con algunas apreciaciones personales.

.... siempre escuché mencionar a mi señor, que su gran legado solo estaba destinado a su sucesor, y nunca podrá encontrarlo en los documentos de sus herencias. Si Allah quisiera que acompañara a mi señor Al-Mansur, deberás saber hijo mío la situación de mis notas y los encargos realizados por él durante años....

.... acompañe a mi señor desde el año 978, a partir de esa fecha, y a su recomendación, guardo el polvo de las ropas y vestiduras utilizadas durante las luchas contra los infieles, él desea se fabrique un ladrillo que le acompañará en su tumba.....

.. algunas confidencias no saldrán de mis labios, pero no tengo más remedio que ponerlas por escrito pues

*ese es su deseo, aunque quedarán guardadas hasta que él se vaya definitivamente.....
... se fiel hijo mío, y Allah te recompensará.*

Abd al-Malik escuchó con atención las palabras de su fiel ayudante. Después, juntos, atravesaron los jardines, hasta salir acompañados por cinco soldados bien pertrechados. A su regreso confiaron en la luz del nuevo día para enfrentarse a las dudas que presentaban aquellos documentos escritos por el anciano acompañante de Al-Mansur.

Quince días más tarde, guardados por una decena de soldados, atravesaron la ciudad y cabalgaron hacia el norte, cerca de la marca, frontera con los reinos cristianos.

San Millán de la Cogolla aún no se había recuperado de la destrucción con que fue castigado por su padre y hubieron de sortear algunas escaramuzas de los pocos pobladores que aún quedaban. Desde la población se dirigieron hacia la salida llevando sus pasos hasta el monasterio de Suso. La recomendación de Ben Abderrabihi era acercarse hasta el monasterio cristiano, tal y como lo decidió Al-Mansur.

Después de abandonar sus caballos unos metros antes de entrar, ocultos en la espesura de los árboles circundantes, se sacudieron los ropajes, y ya a pie, se acercaron hasta la puerta. Aun se advertían los daños producidos por el fuego. La golpearon y esperaron a que un monástico les abriera.

—Sed bienvenidos a la casa de Dios – dijo el monástico temeroso al ver a los árabes.

—Que Allah te guarde –respondió.

—¿A que debemos vuestra presencia?
—Nuestro viaje ha sido largo y cansado.
—¿Precisáis sitio para recuperaros y descansar?
—No cristiano. Vengo a cumplir un deseo de mi padre.
—¿Puedo conocer vuestro nombre y el de vuestro padre?
—Me llamo Abd al-Malik y soy hijo del Gran Al-Mansur, fallecido hace meses en Calatañazor.
—¿Venís a acabar lo que él no quiso hacer?
—No os comprendo.
—Si me permitís puedo describíroslo.
—Adelante cristiano.
—Vuestro padre mandó quemar nuestro monasterio, sin embargo el atrio, reservado a mantener algunas tumbas y considerado como terreno sagrado, prometió no destruirlo, aunque nos recomendó no hablar de ello. Gracias a Dios, solo a los ojos de extraños y sin acceso, quedó destruido.
—¿Sabéis la razón?
—No nos la dijo, aunque hubimos de permitirle entrar, bajo pena de destrucción total y nuestra muerte si nos negábamos.
—Entonces son ciertas las palabras de mi padre.
—No sé a qué podéis referiros señor.
—De sus últimas voluntades se desprende, que debo permanecer en absoluto silencio sin otra compañía que la de Allah, junto a unas tumbas en este lugar, tal y como el hiciera.
—Si es así en realidad haréis algo que él no hizo.
—¿Cómo?
—Vuestro padre estuvo solo en el atrio con los sarcófagos durante un tiempo, aunque antes ordenó nos retiráramos.
—¿Por qué razón?
—No debería, pues declaró que quien dijere algo, su cabeza sería cortada.

- No lo haré, por Allah el Misericordioso.
—Confío en vos.
—Adelante por favor.
—Uno de nosotros observó como un grupo de hombres atravesó hasta el atrio con un cargamento desconocido. Se mantuvieron allí hasta que vuestro padre salió.
—¿Que hicieron?
—Os juro que no lo sé, solo conozco cuanto os he contado.
—Bien, gracias. Y ahora ¿puedo ver los sarcófagos?
—Pasad. Os acompañaré hasta donde estuvo vuestro padre.
—Gracias cristiano.

Abd al-Malik pasó solo, sin la compañía de Ben Abderrabihi ni soldado alguno. Despojado de su alfanje, solo con la daga que un día le regalara su padre, ahora sujeta a la cintura de su vestidura. Siguió despacio al monje, atravesaron la galería de entrada y la nave principal de la iglesia, construida con bóvedas de estilo califal con arcos de herradura. Aunque no pudo admirar la decoración pictórica realizada con estucos mozárabes, dado que el incendio, aconsejado por su padre, hizo que desaparecieran. Desembocaron en el atrio donde encontraron diversos sarcófagos dispuestos en el suelo.

- ¿Os referíais a este lugar? –preguntó el monástico–
—No os sabría responder, espero acertar si me permitís cumplir con el deseo de mi padre, es decir, permanecer durante unos momentos en silencio y solo.
—Sea pues. Me retiraré mientras cumplís con ese deseo.

—Gracias cristiano. Aunque debo pedirlos me señaléis cuales son las tumbas de los Infantes de Lara.

—Estas -dijo señalándole los sarcófagos

—Gracias. Os llamaré cuando acabe.

—Y yo regresaré. Debo pedirlos guardéis respeto a quienes descansan eternamente.

—Lo haré cristiano, no lo dudéis.

Con mucho esfuerzo abrió los sarcófagos y miró su interior. Solo encontró restos óseos envueltos en vestiduras. Abarcando la cintura de los cuerpos, una vaina contenía su espada con el acero aun brillante en cada una de las tumbas. Esperaba encontrar sus calaveras, pero recordó la historia avanzada por Ben Abderrabihi, por la cual aquellos cristianos fueron decapitados merced a la traición de su buen tío Ruy Velázquez casado con Doña Lambra. Buscó hasta encontrar lo que buscaba, una carta manuscrita de su padre. La localizó en uno de los cuerpos, al tirar de la espada, aquella salió junto a una hoja de papel escrita con caracteres árabes. La situó frente a sus ojos y comprobó se trataba de unos signos conocidos, los de su padre. La sostuvo durante unos instantes y comenzó a leer.

Allah gué tus pasos hijo mío. He mantenido durante todos estos años un gran temor, que esta nota cayera en manos de infieles, o peor aún, en las de mis enemigos dentro de nuestro pueblo, que son muchos. Por esa razón y creyendo que los infieles cristianos guardan con especial devoción las tumbas de sus muertos y más aún si son familias nobles, posiblemente más que nuestra gente, he querido dejarte la muestra de mi cariño a través de una de las más importantes, la de Gonzalo Gustioz, perteneciente

a uno de los reinos cristianos, la familia Lara, en los límites de nuestro emirato, en tierras de Burgos.

Deberás comprobar en las tumbas de los Siete Infantes de Lara, y en el arca donde reposan sus cabezas cortadas por la traición de su propio tío, que ninguna de las siete copias restantes e iguales a esta, han desaparecido, señal inequívoca de que nadie cayó en la cuenta de ellas, y solo así serás el único para encontrar mi legado.

Una vez en tu poder, sigue el orden establecido por Allah, Él guiará tus pasos, como guió los míos para ocultar mi heredad a ti. No tendrás problemas. Deberás poner especial atención en las batallas mantenidas por mí para conquistar territorio cristiano, y considerar que siempre lo hice por el odio hacia ellos y a veces, no todas, destruyendo sus templos.

Siempre tendrás en cuenta que hasta los infieles pueden ayudarte a conseguir lo oculto. Tampoco olvidarás que existió un Octavo Infante de Lara, hijo bastardo de mi hermana Arlaj y el cristiano Gonzalo Gustioz, durante el tiempo que lo mantuve cautivo en Córdoba.

Querido hijo, Allah es Grande y Misericordioso, Él te compensará por el esfuerzo.

Dado y firmado en Córdoba por Abu 'Amir Muhammad ben Abi 'Amir al-Ma`afirí.

Tal y como había leído, comprobó la existencia de las siete notas, copió su contenido y después de dejar los sarcófagos tal y como los encontró, salió hasta la puerta donde pidió la presencia del monástico.

—Decidme señor ¿habéis cumplido con el deseo de vuestro padre?

—Así es cristiano. Ahora debo marchar, pero antes de hacerlo os pediré un favor.

—Claro, si de mi mano está, contad con él.

—Deseo que nadie importune las tumbas de los Siete Infantes de Lara ni abandonen este lugar, para ello os daré algunos dineros que os ayudará a terminar de reconstruir el mal hecho por mi padre, si aceptáis esa condición.

—De hecho debo agradeceros vuestro oro, este monasterio está siempre falto no solo de manos sino de lo necesario para sobrevivir. Y no debéis preocuparos, nadie a partir de hoy molestará esas tumbas ni abandonarán este lugar.

—Entonces tomad y haced buen uso del oro.

—Que Dios os acompañe.

—Que Allah el Misericordioso os de paz y tranquilidad.

Sació su sed, y pidió a sus acompañantes abandonar el monasterio, después la población.